

CARLOS  
JURADO  
CABALLERO  
ARDEVIEJAS

PRÓLOGO DE  
JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

**FRAGMENTO**



Parénesis

*Colección Orfeo*

## OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*, INMA PORTALO  
Y JAVIER VILLANUEVA

*Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*, JESÚS COTTA

*Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo*, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*, LADY GREGORY

*La sangre y el eco*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*Todas las mujeres*, JOSE MARÍA CONGET

*Los consulados del Más Allá*, AQUILINO DUQUE

*La fiebre de Siam*, EDUARDO JORDÁ

*Las historias gallegas*, ÁLVARO CUNQUEIRO

*La catedral*, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

*Cuentos*, LEOPOLDO LUGONES

*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita*

*Cincodados*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*El misterio del mundo. Antología*, FERNANDO PESSOA

*Misión en Bucarest y otras narraciones*, AGUSTÍN DE FOXÁ

*El Domador*, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

*Los agujeros negros*, AQUILINO DUQUE

*El aprendiz de emigrante*, ROBERT LOUIS STEVENSON

*Cartas de Nueva York*, JOSÉ MARTÍ

*Percusión*, JOSÉ BALZA

*La transformación*, FRANZ KAFKA

*El salvaje de Borneo*, ALFREDO TAJÁN

*Las penas del joven Werther*, JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

• **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

*Plaza del Cabildo*, EMILIO DURÁN

*El centro de la Tierra*, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

*El viento y la arena*, ANTONIO REYES MATEO

*Hildur*, TONI MONTESINOS

*Doménica*, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

*La maldición del cronista*, MARC GUAL

*Sueños de libertad*, CARLOS ALGORA

*Horas para Wallada*, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

*El año de Malandar*, JUAN VILLA

*La carpa de oro*, CHARO PRADOS

*El hombre encuadernado*, BRUNO MESA

*Mi vida sin Eva Gundersen*, MANUEL J. RAMOS ORTEGA

*El libro del sabor nuevo*, ELENA RODRÍGUEZ

*Pequeñas palabras*, SALVADOR ROBLES

*Campo de minas*, CÉSAR ROMERO

*Tierra raya*, ANTÓNIO TRINIDAD

*Cambio de sentido*, MAR GÓMEZ GLEZ

*Dieste*, MARIO GÓMEZ LÓPEZ



Carlos Jurado Caballero (Jerez de la Frontera, 1960) estudió Derecho en la Universidad de Granada.

Su actividad creativa se ha repartido entre artículos periodísticos, guiones cinematográficos y la puramente literaria. En este apartado, publica *Dentro del laberinto* (1995) y es finalista del Premio de Novela

Ateneo de Sevilla, también en 1995, con *El año en que paró el tiempo* (1996), aquí reeditado con su título original: *Ardeviejas*. Publica *Teoría de los jerezanos y sus duendes*, (2007), un irónico y valiente recorrido por las verdades y mentiras de los mitos jerezanos. Recientemente ha publicado *Las 20 claves del éxito escolar* (MAD, 2009).

1

Me despertó el revisor golpeando levemente mi brazo y con un visible gesto de fastidio en el semblante. Como yo, todo el pasaje del tren había sucumbido ante aquel paisaje soporífero y repetitivo, un mar de olivos monótonamente dispuestos en hileras que se perdían en la sucia mañana, una visión que había desfilado vertiginosamente por el cristal del ventanal como si se acelerara el tiempo, como si estuviéramos abandonando el presente, un borrón de estelas y reflejos ilegibles acompañados por el traqueteo incesante y obstinado de la máquina.

Mi mirada, como la de casi todos los viajeros, se había ido velando de tediosas brumas, por los viscosos brazos del sueño, y mis párpados se convirtieron en puro plomo hasta cerrarse irremisiblemente.

El revisor insistió en desvelarme.

—¿Se despierte el caballero?

Aquel hombre tenía el uniforme y la cara de otro tiempo, como los asientos de material y las puertas del urinario. Me apuntaba con una nariz de borrachuzo habitual, hinchada y encarnada, también granulada, y el bigote estrecho y engominado se prolongaba hasta las desmesuradas orejas, con lóbulos que colgaban como añadidos muertos. Se cubría con una ridícula gorrilla a coro con el uniforme y grotescamente insuficiente para su enorme cabeza.

—¿Se yergue el caballero?

Al despertar y verle, tan de repente, creí haber retrocedido por los laberintos del tiempo hasta emplazarme al menos treinta años antes, una sensación en principio liviana que, con algunos sucesos añadidos, se asentaría más tarde.

El revisor me miraba severamente, con el rostro arrugado y contrariado, el entrecejo como la cresta de un gallo, y con esas se mantuvo hasta que consiguió desvelarme casi por espanto.

—Media hora tiene usted para un bocado. Y ojo que el que no esté a las en punto se queda en tierra, que este tren lleva un siglo sin retrasos.

La estación de Las Alcabalas, casi tanto como el revisor, era de otro tiempo, de un entonces indefinido, tan sólo un teléfono público de colores estridentes remitía al presente. Un reloj enorme, suspendido de la techumbre por cadenas mohosas, como ahorcado, marcaba una hora equivocada desde hacía años.

El jefe de estación paseaba andén abajo con un uniforme impecable y un par de alpargatas de cuadros.

—Trote o se queda en tierra.

Tuve una sensación vertiginosa y mágica, el cosquilleo travieso de haber atravesado alguna frontera metafísica, y quizás fue aquello lo que originó cierta predisposición fantástica y mi decisión a dejarme llevar por algunos caprichos imaginativos.

Tenía apetito y un desconcierto de ruidos brotaba de mi estómago. La cantina de la estación era una estancia húmeda y mugrienta. Tenía marcados sobre el suelo los trayectos más frecuentados y las paredes se tapizaban con azulejos de letrina pública. Sobre la barra, había un expositor alargado y opaco que contenía bocadillos mustios y de reflejos verdosos que zanjaron rotundamente mi apetito. A su lado, en desorden y muchos desconchados, se hacinaba un puñado de recuerdos de cerámica idénticos a los de todas las estaciones del mundo.

El cantinero era un vejete mal encarado y manco que repasaba los vasillos con su única mano haciendo gala de una habilidad portentosa. Apenas verme, de primeras, me escrutó, luego me amenazó con la mirada, por si acaso, para finalmente hacer un impertinente y concienzudo repaso de mi pinta ciudadana.

Allí no había nadie. Solamente al fondo, un crío churretoso se entretenía en espachurrar moscas con un elástico blanco ya oscurecido por rojizas dianas.

—Un café con leche.

—No hay cafetera.

—Un refresco.

—Aquí no gastamos mariconadas.

—¿Qué tomo?

—Un levantamuertos.

El levantamuertos resultó ser un vino de la tierra, turbio y masticable, que se enganchaba al gaznate como una molinda de escarpías. Oculté al cantinero mi repulsión huyendo hacia el fondo de la estancia con el pretexto de observar un minúsculo dibujo apergaminado que colgaba de la pared. Después, con enorme disimulo, vacié el trago en una jardinera.

Y de repente apareció la respuesta.

Como suele suceder fue un hecho casual, una aparente trivialidad, lo que me condujo al suceso más inexplicable de mi vida, esas peripecias que se convierten en el único equipaje con el que acudes a la tumba. Porque lo que había estado buscando obsesivamente durante muchos años, esa idea volátil que ronda por la cabeza como un tábano pero que es arrinconada entre las quimeras, ese fenómeno de ruptura, o la emoción que pulveriza una vida calmosamente rutinaria, tuve la certeza de que estaba allí, en aquel dibujado rincón del mundo, en aquel enigmático e inofensivo paraje encerrado en un mapa de marco desmembrado y roñoso.

Entre los borrones de humedad de aquel extraño grabado, se entreveían los contornos de un dibujo muy liviano, casi imperceptible, masticado por las secuelas del tiempo. No era un dechado artístico, en realidad ni rozaba la mediocridad, sino que había sido ejecutado con trazos vulgares y torpes sobre un papel basto y rugoso. Sin embargo, por algún motivo secreto, quizás por encajar en el puzle del subconsciente, aquella medianía me impactó más de lo razonable.

Se trataba de un mapa del valle de La Sagra, un lugar del que jamás había oído hablar. Pude reconocer entre borrones un lago encorsetado entre montañas con una pequeña aldea en la orilla y un salpicado de siluetas de animales que pude identificar por sus más

inequívocos distintivos. Cada lugar de aquel mapa se acompañaba de denominaciones muy genéricas pero con el regusto de la más diáfana simpleza —el Charquillo, los Areneros, el Molino Viejo, el Embarcadero, la Explanada, la Abajadera....

En principio, no pude adivinar la razón por la que un dibujo tan irrelevante ocasionara una fascinación tan aguda, cuál fue el embauque que me retuvo. Quizás me enganchó la ingenuidad de su factura, como los grabados de un cuento, o esos trazos garabateados que me transportaban a los mundos perdidos donde aún vaga el unicornio. O también es posible que el conjunto de aquellas menudencias consiguiera rescatar mi verdadera esencia del desván de la memoria, ese sentimiento atrevido y aventurero que permanecía arrinconado desde hacía veinte años, cuando se abrió paso el comedimiento de la madurez.

Lo cierto es que reviví aquellos eslabones olvidados, rejuvenecí en segundos y, de un plumazo, convertí aquel torpe dibujo en un inquietante y revelador ectoplasma. Pero más que cualquier otro detalle, aunque todos me conducían a una alborotada resaca de fantasías, quizás por culminar la ilógica de la razón, me inquietó aquella suerte de estrella de los vientos que estaba dibujada en un margen, con los cardinales trastocados; norte, sur, *oeste y este*. Sin ninguna clase de fundamento, me asaltó la caprichosa convicción de que no era un error sino un mensaje subrepticio o una pista secreta, quizá porque aquella dislocación de los vientos transcurría con trazos de naturalidad y no con los titubeos del resto del bosquejo.

Regresé a la barra y el tabernero me recibió con la misma mirada severa. Quizás no tenía otra; un solo brazo, una sola mirada. De modo que, antes de preguntarle por aquel alocado mapa, no tuve más opción que probar a ganarme una pizca de su aquiescencia repitiendo levantamuertos y mostrando un agrado falsificado.

—No lo llene mucho, que engancha.

Tras aquel amargo sacrificio próximo a la náusea, le mencioné de pasada el valle que aparecía en el grabado.

El hombre titubeó pero luego apuntó la nariz a través de la ventana —con la mano disponible secaba los vasos— hacia el rastro

de un camino que surcaba la ladera de la montaña y que, deduje, conducía al valle de La Sagra. Permanecí expectante a recibir algún otro detalle más preciso, pero el cantinero me hizo ver que había agotado de momento su caudal comunicativo.

Me marché sin dejarle propina, con las tripas laceradas por aquel vino de castigo y con la bulliciosa desazón de la emoción saltando por mis tripas. Sin razón alguna o por intuición gratuita, me convencí de que allí podría encontrar la respuesta interna que buscaba pero, aunque no, ya habían regresado a mí dos sentimientos perdidos, la pura curiosidad y la mera tentación.

Así que no tuve dudas. Ni escuché la insistente llamada del tren ni el estrépito de la máquina, o quizás los desdeñé deliberadamente por contravenir mis desaconsejadas intenciones. Lo cierto es que me quedé en tierra y no sentí ninguna contrariedad y sí alguna dosis de disimulada satisfacción.

Para buscar soluciones al falsario contratiempo, recurrí al jefe de estación, aquel extraño hombrecillo entre presuntuoso, pintoresco y estrafalario que recorría el andén en alpargatas. Me despachó bien rápido; con un gesto infinitamente adusto me remitió a una mocosa que se entrevía tras el ventanuco de información, como si la atención de los viajeros fuera una tarea impropia de su jerarquía ferroviaria. Después, me dio la espalda y prosiguió con la vacía y solemne responsabilidad de gastar el andén, con la mirada altiva y un banderín deshilachado bajo el brazo.

La mocosa tenía el rostro picado de viruela y la nariz porcina, vestía un jersey negro invadido de lamparones y llevaba las medias enrolladas sobre las rodillas. Hacía punto con una solvencia endiablada y los contaba en voz alta, entre vaivenes de cabeza. Tuve que esperar el final de una vuelta para que me atendiera.

—El próximo no sale hasta las siete, si Dios quiere.

—¿Se puede llegar al valle de La Sagra?

—¡Ay, mire usted, yo no sé! De trenes, lo que haiga falta. Para lo demás, ahí está el jefe de estación.

De modo que preferí acercarme a Las Alcabalas sin preguntar.

Avisado por un cartel innecesario, tomé un camino muy recto, rodeado de olivos, a cuyo término se vislumbraba el conjunto desarreglado de casas que formaban Las Alcabalas. La caminata fue monótona y sucia, el viento barría el polvo arcilloso de los campos y lo depositaba en mi indumentaria. Menos mal que pronto pasó un mulero y se ofreció amablemente a llevarme.

—¿Me ayuda a subir?

—Sí claro. Usted en el mulo y yo andando.

El ofrecimiento no fue de transporte, como supuse ingenuamente, sino de mera compañía. De modo que proseguí el camino a pie pero junto a aquel hombrecillo de mirada enajenada que era perseguido de cerca por un mulo viejo y un millar de moscas.

El hombre me amenizó el trayecto con su interminable conversación, con esa aplicada cháchara de los vendedores de asalto, de los que llaman a la puerta con pose altruista y endosan algún aparato inservible. Pero no. Aquel derroche de amabilidad resultó gratuito, y supe, en poco tiempo, que había enviudado tres veces, la última recientemente, y también de la vida, obra y casorios de sus seis hijos, las diabluras de sus veinte nietos, los mil achaques que padecía, y acabó la retahíla informándome de la existencia de algunas mozas generosas en la posada de Las Alcabalas, por si yo necesitaba alguna clase de corporal sosiego.

Más por interrumpirle que por otra cosa, le pregunté por el valle de La Sagra, aludiendo al extraño dibujo de la cantina y a aquella rosa de los vientos trastocada, pero de aquello no me habló con tanta generosidad.

—Sé que hay un valle y que está en las montañas.

Fue demasiado breve para un parlanchín, de modo que esperé y no tardó en arrancar de nuevo aunque rechinando.

—Nunca estuve allí, yo sólo digo lo que se comenta, que aquí, por lo normal, es mitad mentira y la otra también. Los viejos cuentan muchas historias de La Sagra, que era un sitio raro, que allí las cosas no eran como Dios manda. Ya ve usted que incluso dicen que se paraba el tiempo ¡Hay que joderse! Lo que pasa es que uno

es muy de campo y no sabe de chismes, que con tanto casamiento me he pasado media vida apretando y no he aprendido ni las letras.

Ya al borde de Las Alcabalas, cuando tramitábamos la despedida, se nos acercó un mínimo labrador que llevaba la azada sobre el hombro y una calabaza bajo el brazo.

—¿Qué? ¿Un amigo?

—¡Ca! ¡Es un llegado!

—¿Y de adónde es el llegado?

—Pues de fuera.

—¡Ah! Acabáramos.

—Pues eso.

—¿Y dónde camina?

—Dice algo de La Sagra.

—¡Anda coño con el llegado!

Me separé del mulero con un ingrato suspiro de alivio, quizá demasiado evidente. Los silenciosos, como es mi caso, solemos atragantarnos con los charlatanes, por muy cordiales que sean. Pero antes de marcharse susurró algo entre sus dientes verdinegros.

—Si quiere pelos y señales, se llega a la plaza, se planta en el quiosco y pregunta por el Eustaquio, que ese sí que sabe. Y si le pilla bien, le lleva si se encarta. Y si no está, se me espera, que seguro aparece; el carajillo que no falte.

## IR A LA FICHA DEL LIBRO

---

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y  
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito  
de los titulares del copyright.**